



EL SEPULCRO

LO QUE PUEDE EL AMOR

ÚLTIMO ADIÓS DE LEÁNDRO Á SU ADORADA EMILIA

TERCERA PARTE

Sepulturero. No hay otro medio; voy á colocarle fuera de este recinto; sí, sí, abriré la verja y lo dejaré fuera, y así creerán que allí espiró.

Voy á cargarlo sobre mis hombros... pero, ¡qué es esto!... ¡Dios de bondad!... ¡su corazón aún palpita!... ¡percibo su aliento!... ¡Ah!

si aún no se hubiese consumado el sacrificio!

Saquemos el pomo del éter, que llevo prevenido, y aún tal vez podré salvar su existencia. ¡Se reanima! ¡Leandro!

Leandro. ¡Dios mío! ¿qué es lo que me sucede?

Sep. Nada, nada: aspirad esta esencia... así, así, ánimo, no temais nada... ha sido un vahido, pronto se pasará.

Leand. ¿Quién sois?

Sep. Vuestro amigo... vuestro conocido... soy yo, sí, yo mismo... soy... ¡id aspirando este frasquito... ¿Os sentís más aliviado? Probad de levantaros, así, bien... apoyad vuestro brazo en mis hombros... corrientemente, caminad, poco á poco llegaremos á mi habitación... el relente de la noche os es perjudicial...

Leand. ¿Pero quién sois vos que os interesais tanto por este desgraciado mortal?

Sep. Un amigo que os aprecia mucho; señor, esforzaos un poco más, así... ya estamos cerca... entrad... sentaos bien... tomad este poco de cordial... así... Ya se reanima... ¡Alabado sea Dios!

Leand. ¡Ah! vos sois el sepulturero, ¿es decir que aún existo?

Sep. Sí, gracias á Dios.

Leand. ¡Maldición!

Sep. ¡Joven, sellad el labio! en este recinto no se oyen sino bendiciones y preces al Eterno por los que fueron; la maldición no tiene entrada aquí.

Leand. ¡Cómo no he de maldecir esta existencia que detesto si me falta la única cosa que me podía hacer amable la vida! ¡Ay, Emilia de mi corazón, sin ti para qué quieró yo vivir!...

Sep. Señor, sosiegaos un momento, no deis más impulso á vuestro dolor, y

atended las palabras de un anciano que conoce vuestro pesar y desea cicatrizar las llagas de vuestro lacerado corazón.

Leand. Imposible.

Sep. Tal vez no lo sea tanto como os figurais. Veamos: Vos adorasteis á una joven bella y modesta, que tuvisteis la desgracia de que perdiera su existencia en la flor de su edad...

Leand. Sí, por mi desgracia.

Sep. Y no pudiendo olvidar el amor que le profesabais, atentasteis á vuestra existencia...

Leand. Es verdad, no puedo negarlo.

Sep. ¿Y con qué objeto?

Leand. Con el de reunirme eternamente á ella.

Sep. ¡Con un crimen?

Leand. ¿Crimen decís?

Sep. Sí, enorme, imperdonable, horrible. ¿Quién os ha dado poder para atentar á vuestra vida?... insensato, si vuestros días están contados en el libro del destino hora por hora, minuto por minuto por el Sér Supremo que os dió el sér, ¿cómo os atreveis á quitaros la existencia faltando á los preceptos del que os crió?

Dices en tu loco devaneo, que atentaste á tu vida para reunirme á ella...

Leand. Sí.

Sep. Pues bien, escuchad con atención y vereis cómo el camino que emprendisteis es el que más os aleja de su lado.

Leand. No os comprendo.

Sep. Escuchad. Considerando que el loco que atenta á su vida lo hace olvidando los preceptos del Divino Hacedor, la Iglesia no le da tierra sagrada y lo manda enterrar en un inmundo muladar, como á las bestias. Siendo así ya conoceis que en vez de reuniros como deseabais

cerca la tumba de vuestra amada, estaríais separados para siempre.

¿Lo que os digo comprendéis?

Leand. ¡Es verdad!

Sep. Vos me dijisteis que vuestra amada era pura como las vírgenes del Edén.

Leand. Es verdad.

Sep. Siendo inocente y pura, gozará de la celeste morada...

Leand. Es justo.

Sep. Y el que muere por un crimen, sin confesión, sin el amparo de la religión ¿dónde va su alma?

Leand. ¡Ay de mí! ¿qué es lo que yo he hecho?...

Sep. Bien haceis en verter lágrimas, joven; ellas me dan á conocer que vuestro corazón no está pervertido, y que sólo una ofuscación de vuestros sentidos os hizo cometer el crimen que gracias á Dios no ha logrado consumarse.

Leand. Pero ¿quién os ha dicho que yo trataba de suicidarme?

Sep. Este papel.

Leand. ¡Ah, dádme lo por piedad!

Sep. Joven, no temais; el pábilo de esta luz guardará vuestro secreto... mirad... ya está reducido á cenizas.

Leand. Gracias, amigo. Yo premiaré vuestra honradez. Tomad el oro que me resta.

Sep. No permita Dios que vuelva yo á tomar otra moneda vuestra.

Leand. Pues ¿cómo pagaré el favor que he recibido esta noche de vos?...

Sep. Con un favor muy sencillo, que me prometáis cumplir exactamente.

Leand. Bajo mi palabra os lo prometo.

Sep. Que nunca más atentaréis contra vuestra existencia.

Leand. No lo temais, honrado anciano; vuestras palabras me han hecho abrir los ojos á la luz de la razón y me han hecho conocer la enormidad de mi falta... Pues bien, yo trataré de purgar mi delito, y haré todo lo posible para hacerme digno de la que fué en la tierra un ángel de amor.

Un sayal cubrirá mi cuerpo, y con las plantas desnudas emprenderé mi peregrinación hasta la ciudad Santa, y postrado á los pies del Vicario de Jesucristo imploraré rendido el perdón de mi enorme delito, y dejando los mundanos pensamientos, sólo me ocuparé en la penitencia y el bien de las almas, como vos habeis hecho conmigo.

Adiós, amigo; hasta que nos volvamos á ver.

Sep. Adiós, Dios os guíe. ¡Pobre Leandro!...

Vamos á descansar un poco hasta dar principio á nuestra tarea, ó tal vez á presenciar otra terrible escena. Dios no lo permita.

FIN

FIN

CANCIÓN DE LEANDRO EL PEREGRINO

À SU ADORADA EMILIA

Angel de amor,
luz de mi vida,
prenda querida
del corazón;

De desde el cielo,
do es tu morada,
ten, prenda amada,
ten compasión.

Raudales vierten
mis pobres ojos,
son los despojos
de mi existir.

Mas ese llanto
es nueva vida;
por ti, querida,
justo es vivir.

La tumba fría
hoy nos separa,
la hora llegada
aún no sonó.

La vida es corta,
dueño adorado,
pronto á tu lado
llegaré yo.

Si en esta vida
cruel el hado
te ha separado,
mi bien, de mí.

A Dios le ruego
hoy reverente,
pío y clemente,
me acerque á ti.

Si eterno gozas
allá en las nubes
entre querubes
don celestial;

Siempre piadosa,
clemente y pía,
los pasos guía
de este mortal.

Adiós, Emilia,
que por el mundo
dolor profundo
me llevará.

Sin luz ni guía,
perdido el tino,
¿el peregrino
adonde irá?

La paz del alma,
cual peregrino,
por el camino
yo buscaré.

Pero olvidarte
¡bien de mi vida!
¡prenda querida!
nunca podré.

¡Perdón, Dios mío!
mis pasos guía:
la prenda mía
es ya ilusión.

¡Terrible pena!
¡cruel destino!
¡de un peregrino
ten compasión!

FIN